

SAUL LANDAU

China, Venezuela y Estados Unidos: problemas a la vista

China se ha convertido en uno de los principales actores de la globalización y ha iniciado una amplia y sostenida ofensiva de inversión económica en América Latina. Dos de los pasos potencialmente más polémicos son sus acuerdos con Venezuela y Cuba, países que tienen regímenes fuertemente contestados desde Washington. La Administración Bush sigue centrada en Irak y en sus programas de reformas sociales y prácticamente no ha respondido a este avance sobre su “patio trasero”, en parte por ignorancia y, en parte, por incompetencia. Sin embargo, los avances chinos pueden hacer aún más difícil para EE UU hacer que el resto del continente acepte sus propuestas económicas y comerciales.

Hace un siglo, los planificadores de la política estadounidense veían una China entonces débil y dividida como la respuesta al comercio futuro y a los problemas económicos del país. Exportadores ansiosos imploraban al presidente William McKinley que actuara porque “el mercado chino nos pertenece por derecho”, dijo un miembro del Club Republicano de Riverside (Nueva York) al secretario de Estado William Hay. Esta fuente de mano de obra barata e inmenso mercado potencial también resolvería supuestamente el problema periódico de la depresión, que en 1893 sacudió la estructura económica del país e hizo que la elite pensara en cómo la expansión hacia el Este resolvería esta cuestión.

“Bajo el estímulo de un mercado que se reduce en el interior y la ampliación de la oportunidad del mercado de una China que despierta —escribió el historiador Thomas McCormick—, los líderes de Estados Unidos hicieron un esfuerzo consciente, decidido e integrado para resolver la crisis económica nacional promoviendo el interés nacional en el exterior”. Y lo hicieron “utilizando el arma más potente

Saul Landau es profesor en la Pomona University (California) y miembro del Institute for Policy Studies (IPS). Este artículo se publicó en mayo de 2005 en *Progreso Weekly* (www.progresoweekly.com). Reproducido con autorización del autor.

Traducción: Berna Wang

China se introdujo en aguas potencialmente polémicas al firmar un acuerdo con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez

de América, la supremacía económica, para iniciar la conquista de puertas abiertas del mercado chino”.¹

De hecho, en 1898, el presidente William McKinley “tomó Filipinas” no sólo por mandato de Dios, sino porque era el centro de operaciones ideal para las futuras incursiones en China. Estados Unidos mantuvo su base naval en ese país cien años, cuando la tecnología ya no exigía paradas de reabastecimiento. “Asia Oriental es el premio al que aspiran todas las naciones”, escribió Brooks Adams, nieto de John Quincy Adams.

La ofensiva de China en América Latina

En el año 2005, el débil y vulnerable “premio” que los europeos en contienda se habían repartido para las aspiraciones imperiales a finales del siglo XIX y principios del XX cubre ya todos los continentes con sus productos... y su capital. Mientras las etiquetas “made in China” se han hecho omnipresentes en los grandes almacenes estadounidenses y en las alas de los aviones comerciales, los inversores chinos compraban también cientos de miles de millones de papel estadounidense. Quizá algún planificador chino con visión de futuro pensó por aquel entonces que Estados Unidos sería el “premio” de China. De hecho, a principios de marzo, un funcionario de la embajada de Estados Unidos confió a un empresario que visitaba el país que creía que los líderes chinos consideraban a Estados Unidos una superpotencia en declive, cuya época había pasado y que se vería obligada a compartir el poder mundial con otras naciones poderosas, como China. Para demostrar cómo ha cambiado la posición estratégica de China en las últimas dos décadas, el funcionario de la embajada explicó que China no sólo se había hecho con el mercado del consumo en Estados Unidos, sino que había invadido el ámbito latinoamericano, tradicionalmente estadounidense.

Se refería a dos visitas de alto nivel. En noviembre de 2004, el presidente chino Hu Jintao firmó 39 acuerdos comerciales con cinco países latinoamericanos. Las inversiones chinas sólo en Argentina totalizaban alrededor de 20.000 millones de dólares. Después también hizo un viaje de inversión al Caribe.

En enero y febrero, el vicepresidente Zeng Qinghong siguió la visita de su jefe con su propio séquito de funcionarios y altos ejecutivos empresariales. Durante estos dos agresivos viajes en busca de inversión en zonas estratégicas, China se introdujo en aguas potencialmente polémicas al firmar un acuerdo con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, para hacer prospecciones futuras de petróleo y gas venezolano. Zeng también ofreció a Venezuela un crédito de 700 millones de dólares para la construcción de viviendas nuevas a fin de contribuir a reducir la pobreza en Venezuela, ignorando las quejas de Estados Unidos por el “autoritarismo” de Chávez.

Chávez, que ha ganado tres elecciones libres e imparciales en los últimos seis años, carga con la etiqueta de “autoritario” mientras que sus adversarios pro Estados Unidos, que organizaron un golpe de estado militar en 2002, merecen la insig-

¹ *China Market*, 1967, p. 19.

nia de “democráticos.” Esta caracterización deja perplejos a los que siguen pensando con lógica.

Pero el auténtico golpe de Pekín en el ojo ya casi ciego de Washington llegó con el anuncio de que iba a conceder créditos a Cuba. En la era de la globalización, Cuba sigue siendo la excepción de todas las reglas. La política latinoamericana de la Administración Bush persigue la “contención” de Chávez o el “castigo” a Fidel Castro, que tiene el récord mundial Guinness de “Más Años de Desobediencia”.

Dado que China no acompaña oficialmente sus políticas económicas con un lenguaje político específico, el Washington oficial ha ignorado —o negado— la importancia de la estrategia de China en América Latina. De hecho, como observó Andrés Oppenheimer, “el presidente Hu Jintao pasó más tiempo en América Latina el año pasado que el presidente Bush. (...) Y el vicepresidente chino Zeng Qinghong pasó más tiempo en la región el mes pasado que su homólogo estadounidense, el vicepresidente Dick Cheney, en los últimos cuatro años”.²

Mientras Bush y Cheney pedían al Congreso que aumentara el endeudamiento de Estados Unidos con sus 81.000 millones de dólares adicionales para mantener a sus fuerzas en Afganistán e Irak, China ofrecía más de 50.000 millones de dólares en inversión y créditos a países situados dentro del escudo de la tradicional Doctrina Monroe. Esa cantidad supera la tan divulgada cifra de 20.000 millones de dólares que asignó Kennedy durante una década a la Alianza para el Progreso, en los años sesenta.

Promover tipos específicos de comercio con América Latina ayudará a satisfacer las demandas de energía de China, en desenfadada expansión. En 2007, la CIA calcula que China importará el 50% de su petróleo. China también necesita recursos primarios y alimentos, mientras va camino de ocupar el puesto número dos en magnitud de la economía mundial.

Cuando los dirigentes chinos aparecieron en una América Latina hambrienta de capital con miles de millones en sus carteras, demostraron que habían pensando en el futuro de su país. Mientras tanto, los funcionarios imperiales estadounidenses restan importancia a sus crisis para justificar las perforaciones en busca de petróleo en el parque natural de Alaska o muestran su preocupación por la vida humana futura alimentando por la fuerza a una mujer clínicamente muerta en Florida.

La importancia del petróleo

Mientras aumenta la dependencia de Estados Unidos del petróleo extranjero y el precio del crudo está por encima de los cincuenta dólares, los chinos podrían maniobrar hasta situarse en condiciones de vender parte de este líquido a Estados Unidos; mucho antes de que las perforaciones en Alaska provoquen una caída de los precios del crudo, las nuevas inversiones de China se han dirigido al petróleo, el gas y los minerales, señal de que los chinos persiguen propósitos estratégicos y de mercado y no beneficios sin más.

² *The Miami Herald*, 2 de febrero de 2005.

China ya opera dos yacimientos petrolíferos venezolanos y, tras la firma de un acuerdo en enero en Caracas, también comenzará a explotar otros yacimientos —aparentemente en declive— en el este de Venezuela. China también acordó comprar 120.000 barriles de petróleo al mes y construir un centro de producción de combustible adicional. Los funcionarios venezolanos anunciaron que esperan que el comercio con China alcance los 3.000 millones de dólares en 2005, más del doble que en 2004. Y todos los que odian a Castro en la Administración Bush deberían prestar atención: una gigantesca compañía petrolera china empezará a buscar yacimientos petrolíferos potenciales frente a la costa de Cuba.

¿Por qué eligieron los dirigentes chinos finales de 2004 y principios de 2005 para hacer su gira relámpago de gastos por varios países latinoamericanos? Primero, puede que se hayan dado cuenta de que los gobiernos latinoamericanos ya no se apresuran a firmar el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que apoya Estados Unidos, como hicieron en los años noventa México y Canadá con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. El modelo de libre comercio-libre mercado no respondió como se había pronosticado —en Argentina provocó la quiebra— y ahora en Uruguay, Argentina, Brasil, Venezuela y Cuba los gobiernos cuestionan el modelo económico de Washington. Bolivia y Ecuador podrían ser los siguientes. De hecho, si el alcalde populista radical de Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, gana las elecciones presidenciales mexicanas de 2006 —en la actualidad es el candidato más destacado— todos los acuerdos comerciales patrocinados por Estados Unidos podrían estar condenados al fracaso.

En segundo lugar, los expertos en petróleo no prevén que en un futuro próximo la oferta aumente más que la demanda. Por tanto, con este clima, la obtención del acceso por parte de China a fuentes de petróleo y gas en el patio trasero de Estados Unidos ha puesto nerviosos a Bush y su gobierno. Estos siguen sin pensar más que en Irak, Afganistán, Corea del Norte e Irán y su compromiso religioso con cambiar la Seguridad Social, ejecutar a asesinos menores de edad, poner fin al aborto legal y rescatar a los clínicamente muertos. ¿Les resulta difícil a Bush y su Administración ver la perspectiva general estratégica del mundo mientras se movilizan en torno a valores familiares y cuestiones religiosas?

Desde hace más de un siglo, los planificadores de la política estadounidense producen planes maravillosos para el imperio informal. Del mismo modo que la estrella de China brillaba a los ojos de intelectuales políticos de finales del siglo XIX, un grupo de finales del siglo XX, en su mayoría neoconservadores judíos y Soldados de Dios antisemitas, decidieron reestructurar Oriente Medio en nombre de Dios, Israel y el libre mercado. Un grupo usó el concepto de promover la libertad; el otro, el de promover el Éxtasis.

Sin embargo, esta especie de pensamiento trascendente basado en cuestiones etéreas suele olvidar los detalles, como demuestra la invasión de Irak. Ni los neoconservadores ni sus extraños compañeros de cama cristianos han expresado mucha preocupación por los alrededor de 100.000 civiles iraquíes que han muerto desde la invasión estadounidense de marzo de 2003. Pero los 1.600 soldados estadounidenses y británicos que también han perdido la vida tienen graves secuelas políticas. Irak fue destruido. Los beneficios del petróleo iraquí que el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz (ahora presidente del Banco Mundial) pro-

nosticó que pagarían toda la invasión no se han materializado. Nadie de la Administración Bush parecía demasiado disgustado por la destrucción de un país o por la devastación calculada del Derecho Internacional y la ONU.

Irónicamente, los planificadores estadounidenses descartaron el mismo orden público que habían impuesto en el mundo sesenta años antes. La invasión de Irak anuló tanto las leyes de Nuremberg, que prohibían la guerra agresiva o preventiva como, al eludir al Consejo de Seguridad de la ONU, la importante función de esta organización: el derecho exclusivo a hacer la guerra.

El liderazgo de EE UU tras la II Guerra Mundial

Los neoconservadores y sus homólogos cristianos querían que los líderes de Estados Unidos asumieran de nuevo el mando incondicional, como hicieron en 1945. Descartaron por intrascendentes los cambios masivos que se habían producido durante las seis décadas transcurridas desde entonces. En aquellos emocionantes días de la posguerra, Estados Unidos poseía el 55% de la capacidad de fabricación del mundo, una economía que crecía sin freno y el monopolio de las armas atómicas. La desastrosa guerra había debilitado a las demás naciones imperiales. La Unión Soviética no representaba una amenaza. Victoriosos en el campo de batalla, los soviéticos estaban también profundamente traumatizados: más de cincuenta millones de muertos y heridos, 200 ciudades destruidas y sin comida ni siquiera botas para los soldados.

Los planificadores estadounidenses también preveían que su régimen títtere y corrupto de Chang Kai Shek podría resistir frente a los ejércitos rojos invasores de Mao Tse Tung. En octubre de 1949, Chiang había perdido la capacidad para granjearse siquiera el apoyo de los deshonestos.

Washington dijo a sus aliados colaboradores —incluidos los recién derrotados Alemania y Japón— que debían prosperar como buenos, si bien subalternos, socios comerciales y fuentes y centros de inversión, pero no hasta el punto de convertirse en rivales. Para las naciones que surgían del régimen colonial, Estados Unidos no tenía planes realistas. Pero los traumatizados soviéticos siguieron predicando la “revolución”, una palabra que obtuvo eco en los países que llegaron a ser conocidos como el Tercer Mundo. Y los movimientos de aquellas naciones emergentes amenazaron con perturbar el nuevo orden que los líderes estadounidenses habían impuesto al mundo.

El problema de sus planes era que tenían su origen en la incapacidad para predecir el dinamismo del anticolonialismo del tercer mundo. En lugar de apoyar la descolonización, Estados Unidos desempeñó un papel ambiguo, apoyando la idea, pero no la práctica de las “naciones libres.” Por ejemplo, al no reconocer la República de Vietnam dirigida por Ho Chi Minh —que declaró la independencia en agosto de 1945— Washington ayudó a Francia a retomar su antigua colonia.

Sin embargo, la revolución más importante se produjo en China. En 1949, los comunistas chinos llevaron a su pueblo a derrocar al colonialismo occidental, expulsando a Estados Unidos del mismo sitio donde los planificadores del siglo XIX habían puesto sus esperanzas para el futuro.

China, en alza en la globalización

Ahora, China aparentemente ve su futuro en el mercado estadounidense y en su ámbito, antes protegido, de América Latina. Hace treinta y cinco años, China permanecía “no reconocida” por Estados Unidos y la mayoría de sus gobiernos lacayos de América Latina. En 1975, el comercio chino con la región fue de 200 millones de dólares; en 2004, más de 40.000 millones. China se ha convertido en uno de los jugadores más destacados en la era de la globalización, que promovieron los líderes estadounidenses sin considerar que China podría aprovechar esta oportunidad para entrar en ámbitos estadounidenses antes sacrosantos, como América Latina.

Mientras los líderes del gobierno se retuercen silenciosamente las manos, llenos de frustración por los movimientos de capital de China en “nuestro patio trasero”, algunos periodistas hablaban directamente del significado de la invasión de clientes estadounidenses por la inversión china. China está “cultivando alianzas con muchos países en desarrollo para consolidar su posición en la Organización Mundial del Comercio, exhibir sus músculos en la escena mundial y actuar como contrapeso del poder estadounidense”.³

El director del Consejo del Caribe, David Jessop, afirmó que los movimientos chinos en América Latina “sugieren el surgimiento de un orden mundial en el que los países del Sur empiezan a forjar nuevas alianzas basadas en una percepción muy diferente del mundo”.⁴ “Pekín está intentando arrojar una lanza económica en el corazón de la Doctrina Monroe”, comentaba por su parte Anthony Gancarski.⁵ Y advertía de que “no hacer nada al respecto se interpretará como un signo de la pérdida de temple de Estados Unidos... y de su vulnerabilidad”.

De hecho, China ha logrado obligar a una política de Puertas Abiertas en Estados Unidos, similar a la ideada en 1898 por el secretario de Estado Hay. Los líderes de China dicen ahora implícitamente a Washington lo que el secretario de Estado en funciones Edwin Uhl escribió al ministro estadounidense en China en 1895: “Este país esperará ventajas comerciales iguales y liberales...”.

Ahora China espera que Estados Unidos le ofrezca “ventajas comerciales iguales y liberales”, incluso con gobiernos que Washington ha puesto en la lista negra oficial. A Richard Lugar (senador republicano por Indiana y presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado), le preocupaban las contradicciones derivadas de los nuevos acuerdos de Venezuela con China. Como otros republicanos prudentes y auténticamente conservadores, Lugar se pregunta si la retórica y las acciones agresivas anti-Chávez de Bush podrían hacer que Venezuela respondiera cortando el suministro de petróleo a Estados Unidos. Después de todo, China aprovechará al máximo la compra.

“Durante años y años, el hemisferio ha tenido una prioridad baja para Estados Unidos —declaraba un ayudante de Lugar— y los chinos están aprovechándose

³ Gary Marx, *Chicago Tribune*, 20 de diciembre de 2004.

⁴ *Week in Europe*, 6 de febrero de 2005.

⁵ *FrontPageMagazine.com*, 20 de enero de 2005.

de ello. Se están aprovechando del hecho de que América Latina no nos importa tanto como debería importarnos”.⁶

De forma similar, China ha debilitado la política de Washington de privar a Cuba de recursos. Los líderes chinos han prometido grandes créditos de inversión para el níquel cubano. Pekín se hace amigo de los enemigos de Estados Unidos, Chávez y Castro, mientras el prestigio de Estados Unidos decae en su propio “patio trasero”. Ha usado la estratagema de la “puerta abierta” contra Estados Unidos en América Latina igual que Estados Unidos la usó en su día contra Europa para llegar a los recursos y la mano de obra chinos. Pero, ¿globalización no significaba que todos juegan limpio en el comercio?

⁶ *The New York Times*, 1 de marzo de 2005.